

La leyenda de la calle del niño perdido

Ricardo Cabrera
Abril 14 de 2020



Acostumbrado al bullicio de la Ciudad de México, resulta especialmente difícil tratar de asimilar la nueva visión de las calles y avenidas cercanas a un estado de desolación casi total. Habiéndome visto obligado a caminar por las aceras del eje central, llegué casi hasta donde converge con Fray Servando Teresa de Mier.

Después de tantos días de encierro involuntario al que nos vemos sometidos a causa de la pandemia, sentía que se me dificultaba un poco la respiración. El Parque a un costado de mí, me invitaba a sentarme para tomar un nuevo aire. La sombra de los árboles y el ambiente fresco bajo ellos me distrajo un poco. Muy poca gente se veía transitar, la mayoría, igual que yo, se veían obligados a abandonar

la seguridad de sus casas, serían alrededor de las nueve de la mañana y el cielo se veía más limpio que de costumbre.

Hasta ese momento caí en la cuenta que estaba en la calle del Niño Perdido. No había reconocido el lugar, después de todo, la primera vez que pase por este lugar, el Eje Central no existía, eran los años 70's y yo tenía apenas diez años.

Me vi, en un tiempo ya ido, caminando muy de prisa, casi corriendo, tratando de alcanzar los pasos de la abuela, no recuerdo a donde nos dirigíamos, - eso es lo menos importante- yo solía aprovechar cualquier salida que ella tenía para pegarme como rémora y conocer más la ciudad. El letrero con el nombre de la calle llamó mi atención y me quedé inmóvil por un momento.

- ¿Qué pasó? ¿Por qué te quedaste parado? Por toda respuesta le señalé el nombre de la calle. - ¿Sabes por qué se llama Niño Perdido? La calle corría entonces desde la fuente de Salto del Agua y llegaba hasta la Colonia Portales.

- Hace poco, en el programa de *Hoy Mismo*, *Lourdes Guerrero*, entrevistó a un señor que no me acuerdo como se llama y contó la historia. La voz de mi abuela se metió en mi cabeza con la historia que ella había escuchado.

Me sumergí en los recuerdos, tal como me fue contada entonces no logró cautivarme del todo, los datos eran vagos y apresurados, con el tiempo pude conocer un poco más.

Sentado ahora, viendo el callejón que quedaba, con el antiguo nombre de la calle me dejé llevar hasta otro tiempo, casi podía escuchar los sonidos antiguos, la mezcla de voces peninsulares y el trajín diario.

- ¡Daos prisa! ¡Su excelencia me espera! El cochero apuró a un escuálido caballo color canela y se dirigieron al Palacio virreinal –Hoy Palacio Nacional- La

orden dada por el hombre, bastante joven, no admitía réplica, además, claramente se trataba de un peninsular.

Pronto se encontró frente a un hombre de unos cuarenta años, cuya cara lampiña de nariz bulbosa era rematada por un mentón prominente, propio de la casa de los Borbones. Los ojos de un azul pálido apenas si resaltaban en el rostro blanco, casi rosado, del Virrey de la Nueva España: Don Francisco Fernández de la Cueva Enríquez, Décimo Duque de Albuquerque y otros rimbombantes títulos nobiliarios que fueron recitados como una letanía cuando el mayordomo anuncio su presencia.

- ¿Sois vos Don Enrique de Verona, procedéis de la ilustre ciudad de Toledo? Se dirigió al hombre rubio frente a él.

- Al servicio de vuestra merced. Una caravana un tanto cómica y desproporcionada fue su saludo

- Vuestra fama como escultor os precede, noble toledano. Son vuestras artes las que os tienen frente a mí. La encomienda que voy a encargáros es de la más alta importancia. Su majestad, Felipe V, ha concedido del expolio del señor Aguiar y Seijas un considerable potosí para la fabricación del Altar de los reyes, tiene el más alto interés en dar esta satisfacción a la madre Iglesia y por supuesto a Dios. Don Enrique, cuya edad frisaba los treinta años, de porte elegante y rubio, con fino bigote, le miraba interesado con sus ojos azules.

- Debéis centraros en la encomienda que os he referido, el proyecto debe ir acorde con vuestra fama, mientras tanto, hallaréis mucho que hacer en los ornamentos que sean requeridos para engalanar la casa de nuestro señor.

El señor de Verona se retiró del lugar agradeciendo que le tuvieran en tan alta estima. Acto seguido, redactó una amplia carta dirigida a la doncella que le

esperaba allende el mar. En esta, le refrendaba la seguridad de su amor y las promesas de regresar a por ella después de hacerse de una hacienda considerable que les permitiera vivir en el Nuevo Mundo como si fueran señores. Al momento de redactar se anidaba en su corazón el más firme propósito de cumplir con su palabra. Sin embargo, hombre joven y apuesto, de natural licencioso, olvido pronto las promesas hechas. La pujante ciudad bullía de oportunidades y mujeres hermosas. Don Enrique era especialmente débil a los encantos de las féminas.

Destacado en sus artes, se ganó pronto la admiración de quienes le conocían, prolijo en adulaciones, la gente se enamoraba de su natural talante.

Hasta él llegó Don Tristán de Valladares, eximio platero en la capital Novohispana. Al punto, el veterano hombre quedó prendado de los modos del escultor. El encanto del joven era suficiente para que El señor de Valladares se comprometiera en arte y trabajos que les llevaría a cimentar de forma sólida su posición en la sociedad de la época.

Los trabajos de embellecimiento de la catedral avanzaban con velocidad, pero el tan ansiado proyecto del retablo de los reyes no llegaba.

Corría ya, el año 1710, el joven fue llamado a audiencia con el virrey. Las noticias recibidas no eran en modo alguno, las esperadas.

- Se me ha requerido ante la presencia de su majestad, el rey. Los dineros no son suficientes para la empresa que os encomendé, se ha decidido la postergación de los mismos. No temáis por vuestro futuro, no quedaréis en el desamparo en estas tierras de Dios.

Las nuevas recibidas eran desalentadoras para el joven, las cosas para el no veía bien por estos lares, sin contar con el cobijo del virrey, se decidió por el regreso.

El domingo, día concedido a Dios por los buenos cristianos; Don Enrique se dirigió a la celebración de los santos oficios del sacerdote. La salida de la iglesia, concurrida por lo más granado de la sociedad, era una fiesta de colores. Don Tristán de Valladares le vio desde lejos y le saludó, la cortesía fue devuelta por el joven y atravesó el amplio espacio que les separaba. Don Enrique de Verona se quedó helado, frente a él se encontraba la criatura más hermosa que sus ojos hubieran visto. Al parecer, ocurrió lo mismo con Doña Estela de Fuensalida, quien, de manera distraída dejó caer de su mano un hermoso pañuelo blanco. La reacción del señor de Verona no se hizo esperar. El pañuelo regresó tan rápido a las manos de su dueña como había escapado de ellas.

- Mi prometida, Doña Estela de Fuensalida. La voz enérgica del platero rompió el encanto, sin embargo, el lazo que se había establecido en la joven pareja había quedado de manifiesto. Un tanto airado, por la visible turbación de su prometida, se excusó y decidió retirarse. El peninsular les vio retirarse sintiendo que su pecho se insuflaba de amor por la hermosa mujer.

La decisión, antes firme, de regresar a su tierra natal y buscar allí el consuelo de los brazos de la mujer que le esperaba, quedaron sin efectos. Su pensamiento solo era para Doña Estela.

Durante los días posteriores a su primer encuentro, se estableció entre ellos la complicidad de escauceos furtivos primero, después, de abiertos requiebros que terminaron llegando a los oídos del famoso platero.

El reclamo por sus acciones no se hizo esperar, la amistad quedó rota a un punto tal, que el viejo le prometió tomar serias represalias y hacerle pagar cara su villanía. Don Enrique, más guiado por los sentimientos de la pasión hacia la mujer ajena, que, guiadas por el altruismo de sincera amistad, desolló las amenazas recibidas.

La pareja se olvidó del pobre hombre que pareció esfumarse de la historia de la joven pareja. Contrajeron matrimonio y se aposentaron en una casa por los rumbos de Río de la Piedad. La felicidad se instaló en la vida de la pareja, pronto se vieron favorecidos por la Providencia con el nacimiento de un niño.

El hijo, fruto del amor de ambos creció con una salud inquebrantable. Su felicidad era compartida por quienes les tenían en alta estima. No así Don Tristán, quien no había olvidado la promesa hecha en el pasado y que estaba dispuesto a cumplir.

Una noche, con la más absoluta oscuridad a su favor, caminó embozado con una gruesa capa. Se dejó llegar hasta el pajar, los caballos acusaron levemente la intrusión, pero el actuar sereno del hombre los calmó. Encendió una tea llevada expreso para sus terribles fines, sin remordimiento ni culpa alguna, encendió la caballeriza, dirigiéndose posteriormente a la retaguardia del inmueble de la familia de Verona. Entró en forma subrepticia hasta los aposentos del menor que yacía en su cama, profundamente dormido. La confusión por el incendio que alcanzó tal magnitud en tan pronto tiempo era mucha. Dentro, el humo y las llamas hacían prácticamente imposible ubicar a alguien. Pronto, ambos se vieron en la calle; Doña Estela, al ver que su esposo no tenía consigo a su pequeño hijo, se precipitó nuevamente al interior, las llamas buscaban su cuerpo, mientras ella hacía lo propio sin encontrar a su hijo.

Los gritos desesperados se dejaban oír entre el crepitar del fuego, todo se consumía rápidamente.

- ¡Hijo! ¡Por favor madre mía devolvedme al niño perdido! ¡Os entrego mi vida a cambio! Pero hacedme la merced de encontrar a mi hijo. Los gritos de la mujer llegaron hasta un sirviente, quien tomándola de un brazo la llevó al exterior.

- ¡Mi niño se ha perdido! ¡Por favor, encontrad al niño que se ha perdido!
Tales eran los gritos de la mujer.

Don Enrique, intentaba dar justo consuelo a su esposa cuando fue apercebido sobre una figura que había sido vista huyendo poco después de comenzar el fuego. Le hicieron ver que llevaba con él un bulto. La esperanza los inundó de inmediato, tomando un caballo galopó hacia donde le dijeron le habían visto huir. Cabalgó en la negrura de la noche, cuando sentía desmayar de cansancio, la primera luz del día llegó, y con ello, la renovación de sus esfuerzos por encontrar al niño perdido.

Sobre lo que hoy es el Eje Central, un hombre se movía, intentando que su figura se confundiera con las sombras que huían con la claridad del día.

El hombre soltó su presa y corrió tanto como sus piernas lo permitían. El niño fue encontrado por el padre, su integridad no se había visto comprometida. Lo subió a su cabalgadura, y con él, fuertemente estrechado entre sus brazos persiguió al villano que huía.

- ¡Sois vos! ¡Bellaco! ¡Como fuisteis capaz de felonía tal! Sus ojos se negaban a creer que Don Tristán de Valladares fuera el culpable de privarles de los más amado.

- ¡Igual que vos me privasteis de aquello que era mi soplo de vida, por mala fortuna no podido hacerlo yo con vosotros! ¡malhadada mi vida de hoy en más!

Don Enrique retornó con su preciado cargamento a los brazos de la mujer que esperaba con ansia le devolvieran al niño perdido.

La historia de Don Tristán se corta aquí, los hay quienes creen que don Enrique le dio como obsequió la muerte, otros aseguran le perdonó la vida, pues el remordimiento del hombre lo consumiría.

Lo cierto es que, desde entonces, comenzó a ser llamada “La calle del niño Perdido” y continuó así hasta 1979, cuando el Eje Central se construyó.

Hoy solo queda un callejón pequeño que lleva el nombre y que está cercano a l cruce del Eje Central y Fray Servando, y rodea el pequeño parque en el cual me encuentro sentado, recordando la historia que me hiciera llegar la abuela.